

MUJERES EN LA RAMA

PAPAGÜEVAS

Fue siempre una particularidad de Agaete erigir papagüevos a personajes típicos del pueblo mayoritariamente hombres, pero debemos recordar que la decana de esta tropa es una papagüeva, *La Negra*, la que más gasto ha ocasionado a las diferentes corporaciones en trajes de cretona, turbantes con gran lazo y bisutería de grandes aretes, narigón y pintura roja para las bombas. Es sin duda alguna, la primera inmigrante de color conocida en el pueblo (después vendría el Negro) pues debutó en la Rama de 1935 de la mano de Don Juan de Armas Merino y su ayudante Don César Expósito del Rosario. En su memoria guarda setenta años de historia y de Rama en honor de la Virgen de las Nieves, de cuando ésta se bailaba con ritmo acompasado que era como había que bailar "*La cita fue después de dar las diez*", "*Llegó el amor cuando menos lo esperaba*", "*Agua del pozo de la Virgen mejicana*" o "*Adelita*". Una época en que los bailadores de papagüevos rotaban para que las manotas de los gigantes al girar como aspas de molinos, hicieran avanzar la comitiva. *La Negra* siempre fue la predilecta de la chiquillería porque sus bailadores dejaban que hiciéramos un corro a su alrededor

cuando la Banda de Agaete tocaba "*Siga el baile*" por aquello de la comparsa de los negros al compás del tamboril o "*Madre cómprame un negro*". Siguiendo el aporte étnico de sus antecesoras, Don José de Armas Medina introdujo otra



papagüeva procedente en esta ocasión de extremo oriente, *La Japonesa*, que en su debut movía la mandíbula y siempre fue pintada como una puerta. Durante muchos años fue la papagüeva mejor conservada debido a la relación idílica que mantuvo con su único bailarín y amante fiel, Patricio, que la bailó mientras pudo. Ahora la Rama había cambiado de ritmo pero no tanto como para poder bailar "*La ovejita lucera*" "*En una jaula de oro*" "*Chely te quiero, Chely yo te adoro*" o "*Juanita Banana*", canción esta última que fue censurada por alguna mente calenturienta que debió observar algún coqueteo entre las papagüevas con sus respectivas parejas el Negro y el Chino.

Hasta los sesenta llegó bailando Lola la Marta hija, mujer de carne y hueso que resumía en sus movimientos lo que fue toda la

escuela de antiguas bailadoras y bailarores de la Rama. Lola, con la melena al viento cual Magdalena, traje ceñido al cuerpo con gran cinturón y mayor hebilla y montada en aquellos grandes tacones, más que bailar penitenciaba en silencio sin dejar que nadie se le acercara, y mientras ella luchaba con su cuerpo al son de la Madelón, Manuel el Carila a la par, hacía bailar las aguas del manantial del barranco que portaba en sus bidones, apartándose todo el mundo para ver el espectáculo con la trompeta de José el de Carolina sobrepasando en agudos la de Manolo García y la gente gritando para que tocaran el Campeón. Para entonces, Lola había entrado en trance de macumba y los músicos entonaban "A lo loco" para el lucimiento personal de Manuel, que había convertido las alpargatas de esparto en chanclas porque, en llegando la Rama, daba igual de chanclas o de tacones, lo importante era bailarla.



del aprendizaje de idiomas y con el paso de los años, no supimos que hablaba peor, si el inglés materno o el castellano adoptivo; lo cierto es que con aquel "espangle" cautivó los corazones de la gente y cumplió con todos los requisitos exigidos por la sabiduría popular, para ser merecedora de elevarla a la categoría de papagüeva. Al final de sus días regresó a su pueblo natal para morir, aunque partió contenta sabiendo que en Agaete, cada cuatro de agosto reviviría con la Rama.



Pero la presencia femenina en la Rama no quedó ahí. Allá por la década de los setenta recaló por Agaete "Megui", otra inmigrante esta vez real, llegada del estado de Ohio. Norteamericana y bohemia, Megui rompió con todas las reglas

PAPAYAS, GRANADAS Y MANGAS

Hasta la década de los sesenta las fincas tradicionales se mantuvieron

en explotación y, desde el casco urbano hasta el mar, donde antes hubo caña de azúcar ahora había plátanos, tomates, café, mangos, aguacates y verduras. Esta era la riqueza que atesoraban fincas como La Casa Fuerte, La Fuente Santa, La Palmita, La Torre, El Zambrano o Las Candelarias, situadas a la



izquierda del cauce del barranco y cuya abundancia de agua permitía a sus dueños embellecer los linderos con geranios y flores de pascua. En el margen derecho, las fincas de El Angosto, La Concepción y Los Arenales, destacaban por las hileras de papayeros con sus pináculos coronados de hojas y frutos. De todas esas fincas partían las carretas tiradas por bueyes enjugados para ofrecer en la tarde del cinco de agosto lo mejor de la cosecha a la Virgen de las Nieves. Era el momento de la Ofrenda a la que se unían las carretas venidas del valle adentro procedentes de las fincas de Chapín y Las Longueras, sumándose también a la comitiva el ganado y animales de carga.

Carretas engalanadas con elementos vegetales que escenificaban acciones propias de las labores agrícolas o de la fiesta en las que las mujeres del pueblo interpretaban papeles costumbristas, unas veces tostando millo, otras lavando y tendiendo en las tabaibas, también haciendo el pan, imitando a las turroneiras, quitando la pajarilla a las plataneras o empaquetando tomates.

Los integrantes de las parrandas que acompañaban las carretas, salían de los grupos de rondadores enamorados que, a lo largo del año, se les oía cantar sus cuitas de amor al pie de alguna ventana, bien por la onomástica o el cumpleaños de alguna pretendida. Ahora, día cinco



por la tarde, los boleros y habaneras daban paso a la voz de la tierra convertida en isas y folías agrícolas que las cuadrillas de mujeres cantaban mientras faenaban en las fincas. El pórtico de la iglesia fue

testigo de las voces que, en franca porfía, rivalizaban cantando

*En el patio de tu casa
tiene una cita un canario
de día canta folías
de noche reza el rosario.*

alternando con el jocosos:

*Este que está aquí a mi lado
es mi novio y no me pesa
hay quien pudiera tirarlo
por el puente de cabeza.*

Y entre isas, folías y malagueñas, se iba apilando el frutero de la abundancia coronado de granadas y flores de flamboyán que dieron fama a Agaete e hicieron de su Valle un vergel.

INTRARRAMA EN PIRATA

A la Rama ya no sólo se venía en los coches de horas, los de los asientos de terciopelo mareado, ellos y los que viajábamos. El pueblo se fue dotando de una flotilla de furgonetas de diez y doce plazas que en toda la isla se les denominó piratas y también cyrasas, por la similitud con los turismos de la agencia del mismo nombre. Juan Bermejo, Felix, Antonio el de Clarita o Pepe el de seña Luciana, se hicieron famosos por sus cyrasas y por el toqueteo continuo en las puertas de sus domicilios con la cantinela "dice mi madre que si va mañana para Las Palmas y si cabe uno", a lo que la mujer de



cualquiera de ellos, desde el fondo de la casa y sin saber quien eras respondía "está completo niño". Hablo de cuando las puertas no se cerraban que se trababan con un gancho y tú metías el jocosico por entre puertas para gritar el mensaje. Llegadas las vísperas de la fiesta, el mensaje cambiaba porque desde Agaete se concertaba con los piratas la recogida a domicilio de la familia de Las Palmas con la coletilla de "total, por dos duros más"

Rama a la vuelta de la esquina, cada casa era un mundo diferente con acciones similares y mientras unos iban a probarse los zapatos a la fábrica de maestro Pedro, otros lo hacían a la de maestro Valentín porque la moda de llevar unos zapatos de chúpame la punta, no es de ahora que viene de viejo. En la casa de unos amigos, lo primero que compraba la madre y metía bajo llave eran los refrescos ya que, llegada la fiesta, nadie tenía sed de agua sino de baya baya, royal crown, agua de moya o clipper. Se



sabía quienes tenían sed de mirinda porque, después de haber juntado las chapas para canjearlas por los discos de color naranja, volvían locos al vecindario con estos y el pick-up y si unas veces fue Karina con sus "Flechas del amor" hasta rallar el disco, otras lo fue "Ob-la-di, Ob-la-da" con el que mareaban el espejo del baño hasta lograr levantar la gran moña peinada con brillantina.

En otras casas la repostería era lo primero que se hacía por el tiempo que ocupaba. Las claras de huevo se batían a mano hasta dejarlas a punto de nieve para hacer los suspiros por un lado y un pudín (pudding) o queque (cake) por el otro. Todo el que iba llegando iba haciendo relevos interesados, pues la recompensa estaba en untar al final el dedo, en las raspas de la escudilla gigante donde se batía. Así hasta completar la variedad con mantecados, garapiñones y bollos de aceite. Dulces con sabor a limón y canela que era a lo que olían las

alacenas de nuestras casas por esos días. Panadería de maestro Juan y de Pino y todas haciendo turno para ocupar el horno en una época en que los conservantes no habían hecho su aparición y los dulces no se envasaban al vacío porque, según mi vecina, eran autodate (out to date) de consumo preferente.

Pero lo que indicaba en una casa que la fiesta estaba ya a punto de celebrarse no era ni el gasoil que se le daba a los muebles, ni el albeo con cal para desinfectar, ni el lavado y cambio de cortinas, ni el olor a zapatos nuevos. El síntoma fundamental era cuando las madres extendían sobre la cama la gran colcha moruna que alguien le había traído de Sidi Ifni o del Aaium y ojo con que alguien se atreviera a tocarla.

Con la familia de puertas adentro y las camas y colchonetas asignadas, todo era motivo de alegría excepto cuando te tocabas el dedo con la uña majada a cuenta de un pandero de chapas, construido para acompañar en la parranda familiar que se formaba después de las comidas. Cuántos boleros al soco de los patios de flores, qué oídos para entonar "Mil besos" o "Los últimos de Filipinas". Nunca hubo parranda sin canciones de ausencias que no eran fados sino habaneras como "La bella Lola", "Paloma Mensajera" o "Lucero de mis noches". Parrandas interrumpidas por otras, que al pasar por tu calle, obligaban a

asomarte en un se me quiere parecer la que va cantando a Epifanía o a Águeda la de Juana la de César, pero no, era la jarquilla de la Villa de Abajo que subían calle Guayarmina arriba cantando aquello de "*Mira como ando mujer por tu querer*" para justificar la jumasera que llevaban y que se volvían, hasta serios, llegada la parte de *tú, sólo tú, has llenado de luto mi vida abriendo una herida en mi corazón*, aunque poco les duraba la pena porque con la misma entonaban "*Maringá*" o "*Raska yu*".

TRES VECES GUAPA

Una fiesta de las Nieves que se preciara no podía transcurrir sin el baile oficial en el Casino que era el acontecimiento social más importante. Ni que decir tiene que era obligatorio estrenar y allá que iban todas compuestas, con o sin novio, pero sabiendo bailar por lo que se terciara. Para que el baile fuera oficial de verdad, debía amenizarlo la Orquesta Mejías que era la mejor de la comarca en los años sesenta. Época en que la mujer todavía acaparaba la atención de los compositores y, aunque el título del pasable fuera "*Sobrero en Mano*", la parte más esperada era cuando la vocalista cantaba "*Mujeres como las de España, jamás las he visto yo*" o en "*Luna de España*" donde toda la sala entonaba "la luna es una mujer y por eso el sol de España..."

A todas estas, las amigas oliendo a Madera de Oriente, ya habían ido dos o tres veces juntas a los servicios a retocarse el peinado Arriba España y a revisar los lamparones de visnú o polvos de arroz que, maquilladas a la luz de las velas, aparecían unas peor encaladas que otras pero dispuestas y tiesas sobre los tacones para bailar aquello de *Morena, la de los rojos claves, la de la reja floría*, que miren ustedes por donde era casi cierto, porque el rubio de bote aún no había llegado. Y mientras ellas lucían el palmito, ellos estaban a punto de morir asfixiados vestidos de formica con el traje de la boda y el nudo de la corbata.



Desde la calle se percibía el ambiente del baile y se oía la trompeta entonando *Lisboa Antigua* y *Coimbra*, melodías llegas de la vecina Portugal que junto con *Arrivederci Roma*, fueron indicativos de la fama de pueblo parejero que siempre tuvimos. Cha-cha-chas y congas fueron motivos para cogerse de la mano o por la cintura ellos y ellas hasta que, llegado el bolero, las que no tenían pareja corrían a

sentarse (porque estaban cansadas) y preferían ver bailar *Toda una vida*, *Solamente una vez* o la romántica *Mirando al Mar*. A las doce de la noche los olores a carne frita que salían de la cantina del Casino empezaban a extenderse por la sala y Mejías, el director de orquesta, entendía que era la hora del descanso, con gran discrepancia por parte de alguna madre que exigía que tocara "*Sombrero en mano*", para que su hija bailara con el novio recién llegado a la sala con permiso del cuartel. Y la orquesta complaciente tocó "*Tres veces guapa*" y un músico enralao invitó a bailar a una señora mayor que se le iban los pies pero ella jocosa le contestó imi niño; a estas alturas del baile ni me enfrió ni me caliento!, con la consiguiente carcajada colectiva mientras la sala cantaba... para decirte mil veces, guapa, guapa y guapa.

LA GRAN SEÑORA

Pero la mujer que nunca falta a las fiestas porque es Ella el motivo de la celebración, es Nuestra Señora de las Nieves, llegada de Flandes allá por el siglo XVI producto del comercio entre las islas y el continente, cuando Canarias era un emporio azucarero y Agaete uno de sus muchos ingenios. Nació mi generación unida a los nombres de Alonso de Lugo como principal artífice de la conquista y de una Virgen que continuó con él hacia la isla de La Palma. Crecimos bajo los

nombres de Antón Cerezo y Sancha Díaz de Zorita, en calidad de donantes, mezclados con la leyenda de la piratería y de unos cuadros escondidos en el dormitorio del señor cura, que lográbamos ver cada vez que éste se ausentaba.



Vivimos para saber como el 28 de octubre de 1963 aparecía la auténtica pintura flamenca de la Virgen y para ver el recibimiento del pueblo un 10 de noviembre del mismo año. En esa mezcla de religión y fervor popular, el pueblo de Agaete consolidó sus cimientos y tanto la zafra de tomates, como la del bonito, pasaban inexcusablemente por una vela, al menos, a la Virgen de Las Nieves.

Varios siglos de salitre guardan los muros de la ermita cristiana y mudéjar que la custodian y mucha tinta vertida sobre si salió del pincel de Joos Van Cleve o simplemente del "Maestro del tríptico de Agaete". Demasiada polémica suscitada ante el capricho de tirar la ermita al suelo para levantar una gran basílica, controversia que dio pie a la letrilla

incisiva salida de la inventiva de Don Sebastián Mozón que todo el pueblo cantó en aquellos carnavales.

LA ERMITA

(Con música de "Cuatro milpas")

*Ni siquiera los troncos han dejado
De las palmas de la Ermita
Y dicen que el viento,
Que vino de noche
Fue quien las tiró.*

*Los jardines ya daban vergüenza
Sin las flores y sin olor
Y encima quisieron,
Cargarse la Ermita
metiendo un tractor.*

*Si a los hijos del pueblo le dicen
Lo qué con la Ermita
Querían hacer,
Las hogueras del día de San Pedro
y de San Antonio
volverían a arder.*

*Blanca Ermita de viejas paredes
arrulladas por el mar,
mentira parece
que hubo quien quiso
tus muros tirar.*

*No queremos otra Ermita sino esa
Ni pecar de vanidad,
Queremos la vieja
Tan blanca y bonita
Tal como está.*



Si el cinco de agosto eran los viejos marineros vestidos de reyunos los que subían la Virgen desde el Puerto de Las Nieves al Pueblo, hoy son más las mujeres reyunas que continúan la tradición de subir, bajar y custodiar a la extranjera llegada de Flandes, que designó para siempre a Agaete como el pueblo escogido para su reinar (así decía el himno). Y en esa mezcla de sal, incienso y poleo, la Estrella de los mares como dice el cantar, acoge a sus devotos con su dulce sonrisa angelical mientras el pueblo, en ferviente oración, recuerda ante la Madre las veces y los motivos por los que rezó una salve.

*Publicado en el periódico LA PROVINCIA/DIARIO DE LASPALMAS el 6 de agosto de 2005

GODOY RODRIGUEZ, José Antonio, 2010. *A la sombra del Flanboyán*. Canarias: Radio Ecça.